

EL FUROR DE LOS PREMIOS

Entre estas distracciones y su trabajo hallóse Emilio casi impensadamente en vísperas de exámenes. Aunque debía ausentarse del pueblo, había querido preparar bien á sus alumnos para aquella prueba. Pero en Garasco tenía mucha más importancia que los exámenes la distribución de premios, que solía verificarse á principios de Agosto, y á la que el insigne alcalde se dedicaba con gran entusiasmo, haciendo venir gente de muchas leguas á la redonda. En estas ocasiones despreciaba el dinero y ponía en juego su bolsa y su persona como si se tratara de un asunto de honor. Un mes antes se adiestraban los alumnos en cantar á coro, acompañados por el organista, que era, además, revendedor de libros, de papel y de telas. Los maestros y las maestras debían hacer que los alumnos estudiasen de memoria y declamasen poesías, diálogos y plácemes, casi todos de factura municipal, que eran un gran trastorno para ellos y para los estudiantes. Lo peor era que señalando el alcalde, para premios, libros encuadernados, cuadritos, pañuelos y otros objetos bonitos y vistosos, como cuadraba á su carácter, encendíase todos los años en los padres, aun entre los que estaban bien, tal furor por ver premiados á sus hijos, que un mes antes de los exámenes formaban en rededor de los maestros una de importunidades y de solicitudes que no les dejaban descansar, y ya concluidos los exámenes... «væ victis!»: si un maestro premiaba al hijo de un adinerado, le tildaban de vendido; si premiaba al hijo de un pobre, llamábanle republicano y socialista. Si por casualidad correspon-

dian á una familia misma dos premios, uno á un muchacho y otro á una muchacha, hablaban todos de favoritismo y de corrupción, como si fuese imposible que dos niños de una misma familia mereciesen premio. En aquellos días los maestros eran verdaderos mártires. Este les miraba enojado, aquél les negaba el saludo, y por todas partes eran maltratados como si evidentemente hubiesen hecho tráfico ilícito con aquellos cuatro bagatelas. Nuestro principiante tuvo su participación correspondiente. Padres que no se habían dejado ver en todo el año, tuvieron el atrevimiento de convidarle á comer tres días antes de los exámenes. Padres y madres de discípulos á quienes él había escogido para recitar poesías y á quienes estaba ejercitando en la escuela, presentábanse al maestro para decirle que si no les aseguraba un premio, prohibirían á los chicos recitar, «porque, decían, ya que se exponen á hacer un mal papel, y si salen bien embellecen la fiesta y divierten á los señores, muy justo es que tengan su recompensa», como si se tratase de «artistas de cartel». Además, una autoridad recomendaba á uno, otra á otro; todas tenían su protegido. Emilio tuvo además el consuelo de leer amenazas escritas con carbón en las paredes de su casa, y los nombres de candidatillos que á sí mismos se proponían. Hasta hubo madre que fué á suplicarle que diese un premio á su hijo «porque» el pobre había estado un mes entero molestado con un panadizo. Pero Ratti estaba tranquilamente resuelto á proceder con arreglo á su conciencia, aún á riesgo de desencadenar un infierno. Lo único que le sacaba de sus casillas era el advertir lo absolutamente imposible de hacer que atendiese á la razón el que se acercaba á él para proponerle una injusticia ó un desatino.

UNIVERSIDAD DE NUEVO
BIBLIOTECA UNIV
"ALFONSO RATTI"
Cpdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

PROBLEMA SOCIAL

Entre tanto, habían llegado á Garasco y á sus alrededores muchos aficionados al campo, que habían transformado casi por completo el aspecto del pueblo; y cada día llegaban más; una nube de señoras, de niñas, de estudiantes, de hombres de negocios que todas las mañanas partían para Turín y tornaban á Garasco por la tarde; y comenzó la vida de las correrías, de los bailes, de las comidas, vida á la que el alcalde se entregó en cuerpo y alma. Los forasteros buscaban, como suelen hacerlo, temerosos de aburrirse, la compañía de todos; también el maestro Ratti, joven y simpático, fué solicitado.

Era para Emilio un placer nuevo el de hallarse por primera vez en aquella numerosa y distinguida sociedad; y era la primera vez, porque las pocas personas bien acomodadas del pueblo con quienes el maestro tenía algunas relaciones, no le habían parecido nunca verdaderos señores, ya por la vida más que modesta que llevaban, ya por sus modales y por sus costumbres, muy poco distintos de los corrientes en la clase inferior. Nacido en la línea divisoria que existe entre el pueblo bajo y la clase media; impulsado hacia ésta, no solamente por la ambición en él característica, sino también por la tendencia general en la clase trabajadora, en medio de la cual había crecido, y preparado además para conducirse bien por la excelente educación recibida de su madre y por el trato mantenido, como hijo de tipógrafo editor, con gente de ingenio, Emilio se halló perfectamente, desde un

principio, entre aquellas familias de empleados, de abogados, de industriales ricos, que le atrajeron á su círculo. Algo del último pulimento que le faltaba, ciertas delicadezas, más convencionales que otra cosa, de las formas, se las apropiaba fácilmente, pues tenía agudeza de ingenio bastante para observarlas y á los pocos días nadie podía conocer que alguna vez le hubiesen faltado. Lanzóse, pues, en aquella sociedad nueva, á la cual le llevó su deseo instintivo, no precisamente de sobresalir, sino de inspirar simpatías con su conducta, de captarse benevolencia por su carácter, de alcanzar estimación por la inteligencia y la cultura superiores á su cargo. Había en el fondo de todo esto, no tanto la esperanza, cuanto la halagadora idea de la posibilidad de inspirar á cualquier persona superior socialmente á él un sentimiento más que de benevolencia, no con el fin determinado de utilizarla, sino solamente para sentirse dignificado á sus propios ojos y sacar un motivo de buenos presagios para otras fortunas en un terreno completamente distinto.

Pero desde el principio hubo de hallar una experiencia desagradable: la de que su cultura, no escasa para un maestro joven, pero estrictamente escolástica, era moneda que no tenía curso en la sociedad mundana; hallábase Emilio como en tinieblas en medio de aquellas personas que conocían superficialmente toda la literatura europea contemporánea; conocedora, aunque sólo fuese de oídas, de nombre, de libros, de sucesos que el maestro desconocía; habituada á tocar á la ligera, con fingida sabiduría, mil asuntos de los cuales Emilio se hallaba completamente ayuno. Con mucha frecuencia se veía en la necesidad de no abrir su boca, ó en la de oír también exclamaciones de asombro: «¿Cómo? ¿No conoce usted á Fulano? ¿Cómo? ¿Usted no ha leído tal libro?» lanzadas sin intención de molestarle, pero que le molestaban. Hasta la abundancia de voces técnicas que poseía y utilizaba gravemente en la escuela, observó Emilio que le servía de muy poco en aquellas conversaciones variadas y ligeras, en las que se da á los pensamientos la expresión más rápida y se juega al volante con las palabras; Ratti resultaba, á pesar suyo, pesado en las

bromas, en las anécdotas ofensivo; sorprendiase á sí mismo algunas veces desenvolviendo una idea, en vez de indicarla muy de pasada; salían de sus labios frases correctas, acerca de las cuales nada había que decir, pero que él habría celebrado no haber dicho, no bien había oído las palabras dichas, ó visto en el semblante de otros la impresión que producían. Tales fueron los primeros rozamientos que tuvo, rozamientos muy dolorosos, porque se hallaba en aquel periodo crítico en que nuestro orgullo intelectual, alimentándose más con el pensamiento de lo que esperamos hallar que con la conciencia de lo que somos al presente, tiene aspiraciones vagas é indeterminadas, las cuales, por muy ocultas que permanezcan, siempre se hallan expuestas á mil ofensas y á mil humillaciones.

Pero ¡ah! desengaño más triste ¡y cuanto más triste! fué otro. Al penetrar por primera vez, en su calidad de maestro, en una sociedad elevada y no desprovista de cierta cultura, había creído Emilio que su profesión sería estimada como corresponde á su importancia real y efectiva, y á las muchas y delicadísimas dificultades de todas clases que él había hallado y seguiría hallando diariamente. Quedóse, en consecuencia, casi estupefacto cuando comprendió que el nombre de «maestro» sonaba en los oídos de los más de modo muy diferente del que él se había figurado; que á la idea de su profesión parecía ir unida la de un no sé qué de mezquino, de triste y... hasta de ridículo, como la de los histriones ó poetas improvisadores de las ferias. Siempre que lo presentaban á cualquiera con estas palabras: «He aquí el maestro», advertía el joven cierta especie de curiosidad risueña que le contrariaba. Ciertas miradas de las jóvenes casaderas—que, como sólo piensan en el matrimonio, dejan ver mejor que las señoras, cuando se les presenta un muchacho, la importancia que conceden á su posición social,—decíanle muy claramente que le consideraban, no tal vez inferior, pero sí á muchísima distancia de ellas. Después de observar con una pasajera expresión de simpatía aquel rostro largo y un poco pálido, alumbrado por dos ojos pensativos y dulces cuando sonreían, expresando juntamente dignidad

y atención, parecía como si dijese:—¡Lástima que solamente sea maestro!—Hallaba Emilio muy poco delicadas ciertas maneras familiares, que tenían, sin embargo, algo de atento y cortés en la intención, frases como ésta, que oyó cierto día en una jira campestre: «¡Oh! hagamos un ladito también al maestro.» Humíllale más que todo el aspecto obsequioso y humilde de cierta maestría de Turín, á la cual una señora hermosa y gruesa, casada con un negociante en caldos, riquísimo, había llevado al campo á fin de que repasasen los niños; Emilio se sentía herido de rechazo siempre que la señora gruesa, sin demostrar conciencia de la grosería de sus actos, decía: «Maestra, téngame usted el chal.—Señorita, vaya usted á buscar el abanico;» exactamente lo mismo que á una criada. En vano procuraba el joven reprocharse á sí mismo por tener la epidermis excesivamente fina; en vano procuraba acusarse de vanidoso recordando que su camarada de la Normal, Labaccio, colocado en su lugar, se habría amoldado sosegadamente á todos y á todo, sin haber sentido ni una sola de aquellas humillaciones, mostrándose así más modesto y más sensato que él; el orgullo ofendido se le sublevaba, á pesar suyo, imperioso, como la voz misma de la conciencia. «Por Dios y por la Virgen: ¿era tan poco un maestro?» Y lleno todavía de ingenuidad, se preguntaba el por qué. Encontraba Emilio una contradicción absurda entre lo que todos hablaban ó escribían sobre la nobleza de la profesión de maestro; sobre la capital importancia de la instrucción primaria; sobre los derechos desconocidos; sobre los santos merecimientos de los maestros para con la sociedad, y el modo de tratarlos que esa misma sociedad tenía á ojos vistas. «¡Cómo!—se decía mentalmente:—nos confían sus hijos; nos dicen: «ennobleced sus corazones, preparad una generación mejor; rehaced el mundo...» Y después: «Hagamos un ladito también al maestro; maestra, vaya usted á buscarme el abanico.» Hay en todo esto mucha injusticia y mucha hipocresía.

Y tornando á casa después de una fiesta ó de un paseo, rumiando alguna de las frases ó pensando en

uno de los actos que le habían hecho sentir la humildad de su estado, y por los cuales parecía que hubiesen sido heridas á un mismo tiempo todas sus ambiciones y todas sus esperanzas, como por una descarga de perdigones una bandada de palomas, pensaba Emilio muy detenidamente en aquella contradicción y en aquella injusticia, y descubría, cada vez con mayor claridad, una verdad desconsoladora. Aquellos señores no le despreciaban por su profesión, porque la profesión había sido ensalzada hasta las nubes por todos ellos; ni porque él estuviere menos instruido, pues trataban con respeto grandísimo á muchos de su clase que eran ignorantes sobre toda ponderación; ni porque tuviera modales menos finos, pues en esto se veía Emilio igual á los otros; no podía consistir, por lo tanto, sino en esto: en que tenía un sueldo de setecientas pesetas y estaba en un camino en que muy poco más podía ganar nunca. Es, por consiguiente, deducía Emilio, el orgullo del dinero el que casi involuntariamente se le escapa; y es, por lo tanto, una presunción de superioridad moral que sólo procede de la riqueza, ante la cual les parece que quien está privado de ella debe mantenerse espontáneamente en un sitio inferior, como ante una virtud, ó un privilegio natural ¡qué sé yo! ó un derecho de la sangre. Emilio no había pensado antes que, además de la diferencia de condiciones naturales, hubiese también aquella división grande de sentimientos entre los dinerosos y los desprovistos de dinero, siendo los unos y los otros de la misma clase social, é iguales en todos los demás conceptos. Entonces reconoció, por primera vez, la existencia de esta aristocracia. Y la observaba diariamente en el pueblo con relación á los forasteros, cuyas rentas ó cuyas ganancias profesionales se contaban con un particular respeto; respeto en que para nada entraba la estimación en que fuesen tenidas sus personas. Y se medía la mayor ó menor inclinación del saludo con arreglo á la cantidad de los haberes, sin tener para nada en cuenta la diferencia de prodigalidad que entre unos y otros hubiese. Así sucedía. Aquella sentencia, tantas veces leída y oída, de que «con el dinero no se compra la consideración», era justamente lo contrario

de lo que él veía. Todo aquello ponía amargura en lo más hondo de su alma. ¿Para qué habría él estudiado, si, poco más ó menos, había de permanecer siempre en tan humilde condición? Es cierto que había compensaciones en la propia conciencia; pero en una sociedad así formada, ¿no estaría condenado á vivir siempre del mismo modo? ¿Podría tener nunca más que humillación? Engolfándose en estos pensamientos, se irritó, perdió poco á poco, en las compañías que frecuentaba, aquella serenidad juvenil que le había hecho, á lo que él presumía, tolerable. Principió á manifestar que se percataba de ciertos olvidos, que llevaba á mal ciertas faltas de consideración, aunque fuesen involuntarias. Nació de esa actitud suya, como sucede siempre en casos análogos, que aquellos olvidos se convirtieron en frialdad, y aquellas faltas de consideración involuntarias, en desaires hechos adrede. Entonces su orgullo se exasperó, y no pudiendo dominarse á sí mismo, Emilio se alejó completamente de todo trato. Pero la soledad lo irritó más todavía.

Hasta entonces, Ratti no se había apasionado nunca, ni había tenido un conocimiento suficiente de las cosas en lo que respecta al organismo social; si acerca de esto adquirió alguna idea oyendo ciertos discursos á los operarios de su padre ó á las gentes del campo, ó leyendo casualmente algún periódico, era solamente una idea negativa y confusa; no llegó á comprender nunca, en sus meditaciones sobre ese tema, cómo podía nadie creer y afirmar que la miseria de los más fuese producida por lo superfluo de unos pocos; y cuando alguna vez había llevado su pensamiento á ese campo, deteníase siempre en el antiguo argumento de la división de las riquezas, que nos haría á todos igualmente pobres. Pero ahora variaba de opinión, meditando sobre el mismo problema, no con mayores conocimientos que antes, pero sí con pasión, que le hacía buscar soluciones de todo en todo contrarias á las que había, con cierta vaguedad, obtenido anteriormente. No encontraba en su cabeza, sin embargo, el cómo pudiera levantarse el plano del edificio nuevo y labrarlo después; su irritación habíase aplacado algún tanto, en una idea clara y satisfactoria, como en una

esperanza; odiaba el edificio viejo con encono tanto mayor cuanto más cierto era que podía fijarse en determinadas personas, y alimentar recientes recuerdos de su orgullo herido... Buscando de todas maneras un desahogo, se proponía educar, desde entonces para adelante, en aquellas ideas á sus discípulos; encender en ellos su pasión propia, vengarse al menos con las armas pequeñas que la sociedad ponía en sus manos. Pero en el momento mismo en que buscaba un desahogo con tales propósitos, otros mil pensamientos venían á turbarle. ¿Podría, conduciéndose así, gozar sus íntimas satisfacciones de maestro, las más vivas y las más puras que había gozado y tenía esperanza de gozar en su vida? ¿Podía él hacer aquello sin faltar á los deberes de su cargo? ¿Tendría su conciencia tranquila? ¿Poseería el valor de sostener, cuando el caso llegara, aquellas ideas públicamente, delante del inspector, por ejemplo?

Apoderábase entonces de Emilio una dolorosa incertidumbre, y sentíase descontento con los demás, consigo mismo, con su profesión, con todo. En esta situación de ánimo le sorprendió la fiesta de la distribución de premios, después de la cual estaba decidido á dejar el pueblo.

LA SOLEMNIDAD

Hizo las visitas de despedida para que solamente le quedase dar algunos apretones de mano después de la ceremonia, que se había fijado para las tres, hora en que se levantaba de la mesa el alcalde, que había convidado á comer á gran número de señoras y caballeros. Habían preparado para la función el patio de la Casa de Villa; un extenso cuadrado plantado de acacias á lo largo de tres lados, y rodeado por una tapia baja. El adorno pareció al maestro demasiado teatral. Sobre la puerta de la casa pendía un retrato del Rey, en medio de un trofeo formado por grandes banderas; la fachada aparecía cubierta en todos los pisos por anchos festones tricolores, y entre árbol y árbol se extendían hileras de verduras y flores campestres; una idea del alcalde. Sobre un tablado largo, cubierto con un paño de color de escarlata, delante de la puerta, brillaban los premios; había entre ellos relojes de plata, regalados por los forasteros; relojes de los cuales se hablaba mucho hacía algún tiempo. Para los niños se habían llevado las sillas de hierro y de madera de los jardines del alcalde; los padres permanecían de pie á lo largo de la pared. A la derecha se había levantado una especie de pabellón de verdura y banderas para resguardar del sol á las señoras; las que no pertenecían á esta clase debían sufrirlo.

Cuando el maestro entró con sus discípulos, ya estaba tocando la banda de «La Filarmónica» en un ángulo. El patio estaba de bote en bote, y la pared del cercado aparecía coronada de aldeanos sentados y

con las piernas bamboleando, que formaban una faja negra y semoviente entre el blanco del jabelgado y el azul del cielo. Emilio fué á colocarse de pie, próximo á su clase. Advirtió que faltaba el señor Leri. La criada del cura se había plantado cerca de los discípulos de éste, afectando vigilarlos.

A las tres en punto entraron el alcalde y los consejeros, seguidos de un cortejo de aficionados al campo, todos vestidos de colores alegres y con los semblantes encendidos por las libaciones, que denunciaban corazones muy dispuestos á enternecerse.

Comenzó la función por un coro de las alumnas, que á Emilio le produjo igual efecto que una multitud de gallinas poniendo al mismo tiempo su huevo. Las madres habían vestido á las pobres muchachas todo lo mal posible; parecían las infelices montones de trapos, bruñidas y lustrosas, como si estuviesen fritas. Después, los alumnos cantaron un coro, del cual Emilio solamente comprendió un verso: «dos goces del trabajo»; el organista «concertador» fué felicitado por la autoridad.

En aquel instante debía haber hablado el superintendente Toppo; pero en eso no había que pensar. Como no se levantase el alcalde, ni hiciese la señal para que comenzara la distribución de premios, Ratti se preguntaba con curiosidad: «¿qué se espera?» cuando vió que se levantaba é iba á colocarse en el espacio que había entre la presidencia y los alumnos, la maestría de 1.^a. Acometióle viva inquietud. ¿Qué demonios iba á hacer allí?

¡Ay! Poco tardó en saberlo.

La muchacha, envuelta en un traje de percal de lunares rojos que acortaba mucho su talle, dijo en voz alta, con gran desenvoltura, «La batalla de Maclodio», por Alejandro Manzoni. Emilio sintió una violenta sacudida. ¡La batalla de Maclodio! ¡Qué ideal! ¿A qué viene esto? Es una verdadera ridiculez. ¿Pero cómo se ha permitido esta broma?

Principió el recitado. Aún no había terminado la primera estrofa, y Emilio se habría escondido de buena gana debajo de una silla. La voz de la maestría, voz que salía muy esforzada, resultaba de falsete; la

entonación era enfática y monótona; movía los brazos como si nadase; todos sus ademanes tenían un algo de afectado y de pueril, que resultaba más cómico gracias á la expresión tétrica de su semblante desfigurado. El joven se avergonzó por ella. Miró á los concurrentes; muchos parecían estupefactos; mirábanse unos á otros; las cabezas se inclinaban, los abanicos cubrían las bocas, en todos los ojos centelleaban las risas. Era un ludibrio. Emilio se sentía ofendido en la dignidad de su profesión, y se mordía los labios con ira. ¡Y aquella terrible poesía no acababa nunca! Cuando hubo terminado, le pareció que había estado en un potro durante una hora. Acompañó hasta su sitio con una muda maldición á la declamadora, que daba gracias con sonrisa de triunfo á los que la felicitaban. El maestro vió entre éstos al secretario, que se excedía en su regocijo con una imprudencia nunca vista, y aún creyó sorprender entre él y ella un cambio de miradas que desmentía aquel «voto hecho». ¡Votos de poetisa!—pensó.

Entonces se adelantó la maestra Strinati, con sus gafas y un papel en la mano. Menos mal, murmuró Emilio respirando; y su puso á escuchar. Era un discurso acerca de la necesidad de instruirse; leyólo despacio y con la mayor serenidad. Esto revelaba, ya que no otra cosa, sensatez y sentido común; todas eran cosas mil veces dichas, pero se comprendía que habían sido pensadas por ella. Había también allí, ó se lo pareció á Emilio, en un resplandor fugitivo que vió detrás de los anteojos, una estocada á la autoridad con motivo de la escuela privada y del mal estado de los locales de las escuelas; terminaba el trabajo con algunos consejos á los padres, consejos sensatos y expuestos con cierto vigor, que produjeron murmullos de aprobación. Las autoridades guardaron silencio; los demás concurrentes aplaudieron.

Terminado el aplauso, la misma señora Strinati fué nombrando á los alumnos premiados, que se presentaron, uno á uno, en el tablado rojo. Este espectáculo es hermoso siempre. La timidez que experimentaban en presencia del alcalde, el embarazo mismo que les producían sus vestidos de los días de fiesta, la ale-

gría, el orgullo, prestaban gracia á todos. Emilio vió pasar, con cierta emoción, á sus seis campesinillos, á quienes en el transcurso de tantos meses había estudiado, instruído, aconsejado, corregido y á los que, después de aquella tarde, no volvería á ver más. Unos en pos de otros, al volver á sus sitios, con sendos premios en las manos, le dirigían una sonrisa, como de inteligencia amistosa, que lisonjeó á Emilio más que mil enhorabuenas, y le hizo pasar por alto la curiosidad brutal de los padres, echándose hacia adelante para ver lo que les habían dado. Sí; en aquel momento la fiesta era tanto más delicada, cuanto más toscos eran los escolares, y la ridiculez del aparato y de la declamación no amenguaba aquella delicadeza.

Pero la estropearon otra vez con un diálogo necio, alusivo á la fiesta misma, que recitaron dos niñas con ademanes de muñecas y entonación de cotorras, y por una acción de gracias á las autoridades municipales, acción de gracias que recitó un alumno, y que estaba llena de alabanzas torpemente aduladoras y de lugares comunes de los más ramplones.

Siguió á esto un canto alternado de niñas y niños «A la Patria», en el que se hicieron un lío y tuvieron que tornar al principio varias veces, hasta que, aturdidos ya y tratando de contener la voz en la garganta, sólo producían un zumbido como el de los moscardones.

Por último, en medio de un silencio profundo, se levantó el alcalde, guapo y resplandeciente, como si fuese aquella una fiesta dada en honor suyo. Habló bien. Se conocía que había aprendido su discursito de memoria. Elogió á los niños y á los maestros, á los padres y á las autoridades; aludió á sus proyectos de mejoras y renovación de los locales; se dirigió cortésmente á las señoras presentes al acto, las cuales inclinaron la cabeza sonriéndose; habló de la familia, de la civilización, de la patria, y terminó dando un viva al Rey de Italia. Todos los convidados se levantaron de sus asientos y se amontonaron en rededor del alcalde para darle la enhorabuena.—Un precioso discurso.—Una fiesta conmovedora.—Una cosa admirablemente acabada, como sabía acabarlas él solamente.

Entonces aparecieron criados y aldeanos, con refrescos, dulces y naranjas; para todos hubo, pues en esto nada había que decir; el alcalde permitía que faltasen bancos y carteles en las escuelas, pero en las fiestas echaba el resto. La salida fué una verdadera alegría, más animada por la misma confusión; Emilio aprovechó ésta para despedirse de sus superiores y de algunos otros, los cuales le devolvieron el saludo indiferentes, distraídos, sin comprender siquiera que se trataba de una despedida. Ya esperaba esto el joven; pero aún esperándolo, sintió que le mortificaba. Sobre todo, le molestó la vistosa señora gruesa, mujer del negociante en caldos, la cual, hallándole cara á cara, picada tal vez por el alejamiento brusco de la sociedad y sospechando el motivo, le dijo, sonriendo de un modo equívoco:

—¡Oh, señor maestro, que ya no se deja ver! ¿Por qué no ha recitado usted también alguna cosa bonita?

El maestro llevó su mano al sombrero sin responder una palabra, y, tragando veneno, corrió á esconderse en casa.

El pueblo estaba ya oscuro y silencioso, y Emilio se hallaba, hacía algunas horas, triste en su cuarto, cuando oyó un coro de voces alegres, entre las cuales conoció la del secretario, que le llamaban: «¡Maestro! ¡Maestro Ratti! Véngase usted acá con nosotros.» Impulsado por la curiosidad, bajó corriendo la escalera y se encontró entre varios jóvenes forasteros, casi todos estudiantes de Universidad ó de Instituto, y á alguno de los cuales conocía. Estaban de broma desde el anochecer y querían llevarsele para que con ellos bebiese la copa de despedida en la posada de la Cruz; ya habían sacado del mismo modo á otros varios de sus respectivas casas. Emilio fué, por consolar sus tristezas con el vino rancio; la cordialidad jovial de aquellos jóvenes que hacían versos á los profesores y contaban bromas chistosísimas de la vida universitaria, le ensancharon el corazón. Ninguno tenía más de veinte años; todos se lanzaban á la conquista del mundo con ideales distintos de valor, de fortuna y de gloria; pero aún no estaban contaminados del orgullo

y de la idolatría del dinero; hasta había entre ellos algunos que profesaban ideas y sentimientos de hostilidad contra las clases privilegiadas á las que pertenecían, y todos le trataban fraternalmente. Uno imitó la lectura de la «Batalla de Maclodio», de modo tal, que todos los otros reventaban de risa, á excepción del secretario, que sonrió discretamente, después de haber lanzado una mirada inquieta hacia la sala inmediata, en que había alguien. Otro pronunció un discurso imaginario del superintendente, con los ojos cerrados. Y muy pronto Emilio se rió y bromeó también. Cuando se despidió de aquellos jóvenes que, algo excitados por la bebida, multiplicaban sus saludos y le daban palmadas en la espalda, dirigiéndole augurios en latín, parecía que se separaba de antiguos amigos.

Uno de ellos retrocedió algunos pasos sólo para decirle:

—¿Va usted á Piazzena, maestro? ¡Ah! Allí encontrará muy buenos tipos.

El secretario quedó solo con Emilio y creyó deber de cortesía acompañarle hasta su casa, y ambos, cogidos del brazo, encamináronse lentamente por las calles del pueblo, alumbradas por la luna. Cuando estuvieron en la puerta, díjole, dándole con el codo, que hablase bajo «para no molestar al enfermo».

Emilio no comprendía.

—El señor Leri,—dijo el otro.—¿No sabe usted que se ha fingido enfermo para no pronunciar discurso en la fiesta?

Efectivamente; á Ratti, que había ido á casa el señor Leri para despedirse, le había dicho la criada que su amo no estaba bien. Pero el joven había creído que el fingirse enfermo era para no distraerse de su trabajo.

—¿Qué trabajo?

—El trabajo al que se consagra hace muchos años y al cual dedica todas sus veladas: «la religión y la escuela».

El secretario dió algunos pasos atrás hasta apoyar la espalda en la pared, se puso las manos en los

costados y se apretó el vientre, como si temiera reventar.

—¡Ah!—exclamó al cabo. ¿Le ha dicho á usted eso? Pues bien; es el chiste mejor que se le ha ocurrido en su vida. Y seguía riendo. Pero ¿usted no sabe nada? Pues es usted el único que no lo sabe en el pueblo. El señor Leri tiene una monomanía. Es el más furioso devorador de novelas que existe sobre la haz de la tierra. Dumas, Sué, Féval, Terrail, Kock, creo que á todos los habrá leído. Está abonado á dos gabinetes de lectura; compra novelas en los puestos de libros viejos, y de vez en cuando hace un viaje á Turín para traerse más. ¡Ah! ¡No sabía usted nada! Pero ahora aún no sabe usted lo mejor. La lectora es su criada. Usted habrá visto aquella figura curiosa de notario viejo con basquiña. Es una saboyana. Cuando la tomaron, apenas sabía leer, y la han amaestrado. A fuerza de práctica, ha aprendido á leer con sentido. Tiene pulmón de hierro; leería un mes arreo sin respirar. Y todos los días hay lectura en casa. La criada á la mesa con el libro, el ama en el sofá y él, con chaleco, en la butaca, con la nuca en el respaldo, las manos en la barriga y en la boca el cigarro, desde las ocho hasta las once, todas las santas noches del año, desde hace tres lustros. Esta es cosa conocida «urbi et orbi».

Esta revelación inesperada acabó de serenar al maestro, y fué también el pensamiento que le hizo saltar bien humorado de la cama á la mañana siguiente, cuando los trallazos del cochero lo despertaron desde la calle.

Partió cuando tocaban el «Ave María»; el horizonte, velado de vapores diáfanos, anunciaba un día hermoso. Y también su porvenir, á pesar de las desilusiones de aquel primer año, presentábasele al pensamiento, como aquel horizonte á la vista.

Hallábase Emilio en aquella ciudad en que, como suele decirse del hombre: «que «sabe» que ha de morir y no lo «cree», así el joven sabe que el mundo y la vida son tristes, pero no cree verdaderamente que lo sean. Tenía delante de sí anchuroso espacio. Millares de compañeros, de niños, de padres, de autorida-

des lo esperaban: ¡quién sabe cuántos encontraría que respondiesen á sus ideales! ¡Quién sabe cuántos buenos amigos, alumnos ejemplares, padres agradecidos, y años de vida tranquila y dichosa podría hallar aún! Una sola herida le molestaba todavía, la que «dos señores» habían hecho en su orgullo de maestro; en esa herida pensaba suspirando, y le parecía que la conservaría abierta durante su vida.

AVENTURAS DE TIERRA Y DE MAR

Emilio Ratti pasó una parte de las vacaciones con la familia Goli, en ***, donde no tuvo el gusto de encontrar á Megari, que ya había dejado la Escuela Normal; después hizo un viaje á Turín para ver á sus hermanos, y, antes de partir para su residencia nueva, se concedió á sí mismo el vagar de una correría á Piona, proyectada ya hacía algunos meses, para visitar á su prima la maestra. El pueblecillo se hallaba muy arriba, en uno de los valles más largos de los Alpes; desde la ciudad natal de Emilio había dos horas de diligencia y otras dos de viaje á pie por senderos casi inaccesibles á los carruajes. Al rayar el alba partió. El valle era bellissimo, pero Ratti no hizo gran aprecio de aquellas hermosuras. Durante casi todo el viaje tuvo la imaginación ocupada en pintar una serie de retratos de mujer, calcados todos en la imagen vaga é indefinida de muchacha que conservaba de su prima; en acariciar la esperanza de que aquella visita pudiera ser el comienzo de una larga y buena amistad, ó de una pasión, ó de un capricho; en conjeturar mil cosas de la índole, las costumbres y el lenguaje de aquella maestra; en imaginar el apacible cuadro que formarían ella y él, sentados á la mesa, solos, porque ¡era claro! comerían juntos. Experimentó cierta conmoción, que le pareció infantil, cuando vió aparecer detrás del fondo verde obscuro de la montaña las escasas viviendas de la aldea de Piona, esparcidas á lo largo de la ribera de un torrente azulado. Dió la vuelta á dos ó tres huertas, pasó por delante de una iglesita cerrada, y preguntó por la maes-